

# TODO TIEMPO ES BUENO PORQUE VIENE DE DIOS

**Raquel Baumgartner Lozano** es la joven estadounidense curada milagrosamente de un extraño caso de cáncer, por la intercesión del Beato G. José Chaminade. El estudio de su caso está en estos momentos en la Congregación para las Causas de los Santos en el Vaticano. Estas son las palabras que dirigió, en el colegio Ntra. Sra. del Pilar de Madrid, a los jóvenes de la peregrinación de la Provincia de Meribah "Tras las huellas del Beato P. Chaminade", en las Jornadas Mundiales de la Juventud.

traducido por:  
Enrique Torres Rojas  
enrique.torres@marianistas.org



foro SM



COMPAÑÍA DE MARÍA  
MARIANISTAS  
PROVINCIA DE ESPAÑA

25 de noviembre de 2011

nº .003

# **Raquel Baumgartner Lozano se dirige a: Los jóvenes de la peregrinación de la Provincia de Meribah, tras las huellas del Beato P. Chaminade, en las Jornadas Mundiales de la Juventud.**

Quisiera empezar con una cita de Santa Teresa de Ávila que yo veo realizada en mi vida y espero que también se realice en la vuestra: “El mal tiempo no existe. Todo tiempo es bueno porque viene de Dios”. Ayer noche preparando esta intervención, pensé que mi vida se parece mucho a una peregrinación.

Nací y crecí como católica, fui a un colegio Marianista de educación primaria llamado “Nuestra Señora del Pilar” y luego a un instituto de chicas. Oí hablar del P. Chaminade mientras crecía y asistí con mi familia cada Domingo a la Eucaristía de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar (St. Louis, Missouri). Tuve pues una infancia normal, y mi vida fue como la vuestra – alumnos de Chaminade, Mineola - hasta el 5 de diciembre de 1998, cuando era “sophomore” (segundo año de High School).

Me encontraron un tumor, grande como un huevo, que envolvía mi espina dorsal y que me iba paralizando progresivamente. Me hicieron una operación de urgencia para tratar de remover lo más posible este tumor. Me diagnosticaron un tumor raro y agresivo llamado cáncer de Askin. Inmediatamente mi vida cambió: a mejor y a peor. Acabé el curso escolar y en el primer semestre de junior fui recibiendo la quimioterapia cada tres semanas. Algunos días eran insoportables debido a muchos efectos colaterales. Pero, para superarme, yo intentaba recordar que Dios no me daría más dolor del que yo pudiera soportar.

Y así, después del tratamiento, pude volver a una vida normal, como la de antes. Pasé un maravilloso año de recuperación, incluso con un viaje a Roma (Italia), en septiembre del 2000. Allá asistí a la ceremonia de Beatificación del P. Chaminade en la Basílica de San Pedro. Tuve las fuerzas justas para hacer el viaje y para convivir en Roma, gracias a las medicinas que tomé para soportar unos crecientes dolores. Recé mucho durante ese viaje y sentí que mi relación con el Beato P. Chaminade se hacía más profunda. Y experimenté una gran paz pensando que era para mí muy importante el confiar en él para pedir su intercesión.

Pocos meses después de mi viaje, el cáncer volvió a aparecer. Esta vez fue en enero de mi año de “senior” (último año de High School). El cáncer se había extendido a lo largo de mi cuerpo, en la médula de los huesos. Yo me desanimé mucho, pero con la ayuda de mi familia, amigos, doctores y la de Dios, conseguí no abandonarlo todo.

Enfrentarse con el cáncer fue esta vez más complicado y el tratamiento mucho más intenso. Acabé perdiendo todo el semestre de primavera, que pasé en el hospital. Mientras mis amigos se preparaban para la graduación y pensaban en su Universidad, yo estuve luchando para vivir una vida sin



25 de noviembre de 2011

**pag. 2**

futuro. A duras penas pude ir a la ceremonia de graduación, porque tres días después estaba citada para un trasplante extensivo de médula. Previamente se habían congelado células de la médula de mis huesos, para conseguir para mí un nuevo y saludable sistema inmunitario.

Como consecuencia del proceso de trasplante, mi sistema inmunitario se vino abajo y esto me llevó muy cerca de la muerte. Viví durante seis semanas en un cuarto con aislamiento especial. Yo estaba muy gravemente enferma y podía recibir poquísimas visitas.

A causa de algunas medicinas, todo mi cuerpo se iba despellejando terriblemente: las uñas de los dedos, los labios, trozos de los pies. Incluso, a través de un tubo, salían del interior de mi cuerpo cubos de “porquerías”. Y como si esto no bastara, empecé a tener alucinaciones y me descubrieron dos serias infecciones. Me trasladaron a la UCI (Unidad de cuidados intensivos) cuando tuve un choque séptico, con grave peligro de muerte. Los doctores me pusieron medicinas muy fuertes, lo que junto con mi débil sistema inmunitario, más las constantes oraciones y la gracia de Dios, dio como resultado el que una vez más superara los pronósticos pesimistas y me recuperara. Uno de los médicos me dijo que yo era la persona más enferma que había atendido y que sin embargo hubiera sobrevivido.

Después del trasplante, tuve que recuperar las fuerzas para empezar a comer y a caminar, lo que no había hecho en bastantes meses. La mayoría de mis amigos se fueron a su College (Universidad), y yo concentré mis esfuerzos en mejorar un poco cada día.

En el siguiente otoño, después de estar un año desconectada de los estudios, empecé mi universidad en una escuela de Arquitectura. Destaqué en mis clases y encontré a algunos amigos de toda la vida. Una vez más mi cuerpo sufría el dolor y traté de hacerle frente con medicinas paliativas. Eran demasiadas y tenía constantemente náuseas y sueño. Mientras tanto, tuve la intuición de que algo iba mal y decidí volver a casa.

El día después de la fiesta de “Acción de gracias” de 2002, nos enteramos de que yo estaba de nuevo enferma. Apareció un nuevo tumor entre mi corazón, mis pulmones y mi columna vertebral. No había ya nada más que hacer. Habíamos agotado todas nuestras opciones de quimioterapia y radiaciones, y proceder a una operación, no parecía posible en ese momento. Le pregunté a mi médico cuánto tiempo me quedaba de vida. El me dijo que no se podía saber exactamente, quizás de tres a cuatro meses. Pero también me dijo que, como católico convencido, él creía en los milagros. Y me contó algunos casos. Al oír esto, mi corazón cambió y mi familia y yo animamos a la gente a rezar todavía más. Mis oraciones al Beato P. Chaminade se hicieron más frecuentes. Mis padres y algunos de los amigos de casa también rezaron las oraciones en que se ponía por intercesor al P. Chaminade. Cuando yo rezaba no lo hacía para pedir concretamente mi curación. Yo pedía ayuda para poder afrontar lo que me viniera, ya significara la vida o la muerte.

Yo siempre me sentí llena de paz, segura de que todo iría bien. Pero no sabía exactamente lo que eso significaba. Yo tenía fe en que Dios y en que las oraciones hechas al Beato P. Chaminade me ayudarían a lo largo de mi camino, fuera el que fuera. Esto me recuerda una de las expresiones



favoritas de mi marido: “Rezar no es pedir. Rezar es ponerse en manos de Dios, estar a su disposición, es escuchar su voz en lo más profundo del corazón”.

Al parecer, las personas con mi tipo de cáncer suelen morir, si este reaparece después de un trasplante. Y esto sucede al cabo de algunas semanas porque se trata de un cáncer muy agresivo. Pero en mi caso, el cáncer no creció como era de esperar. Pasaron tres meses y yo estaba todavía viva. Conseguí un trabajo y de hecho empecé a vivir, sin saber si tendría un “mañana”. Pero trataba de vivir día a día, con la gracia de Dios.

En mayo de 2003, tuve algunas dificultades respiratorias y recibí una baja dosis de radiaciones para que estuviera más cómoda. En otoño, cuando había pasado un año entero desde la desaparición del tumor, estaba todavía viva, pero notando ya un dolor cada vez más intenso. Para ayudarme, recibí tres suaves dosis de quimioterapia.

En diciembre, de modo asombroso, una prueba de “scanner” mostró que la zona del tumor tenía poca o ninguna actividad. Y otro “scanner” de enero 2004, confirmó esos resultados.

Durante un año y medio mis médicos buscaron opciones de tratamiento en todo el mundo. Famosas instituciones y doctores de fama no acaban de ver algo que se pudiera hacer para ayudarme. Sólo sugirieron ponerme en un centro de cuidados paliativos para personas destinadas a morir.

Después de un año, el tumor dejó de crecer. Cubría completamente el espacio entre los órganos mayores pero – cosa milagrosa- sin dañarlos. Ningún médico estaba dispuesto a operarme para quitar el tumor, pensando en el peligro de muerte y en que en todo caso no se conseguiría mi curación. Ante esta situación, mi familia y yo seguimos rezando para que llegara alguien dispuesto a curarme.

Nuestras oraciones tuvieron respuesta cuando un maravilloso doctor se presentó en St. Louis (Missouri). Era especialista en el tipo de cirugía que yo necesitaba. Estudió mi caso y dijo que me podía quitar el tumor sin riesgo de muerte. Yo me preguntaba por qué él quería quitarme el tumor. Pero cuando me entrevisté con él, puse toda mi confianza en su persona. La operación se hizo sin complicaciones y el cirujano consiguió extraer mi tumor, que sorprendentemente había crecido hasta hacerse del tamaño de un pequeño balón de rugby.

Después de la biopsia, se vio que el tumor estaba muerto, o sea que había algo muerto dentro de mí con muy poco tratamiento. Esto es un milagro inexplicable que yo atribuyo a la intercesión del Beato P. Chaminade, o sea una milagrosa curación de parte de Dios. No sé cómo expresar mi eterna gratitud por este regalo tan especial.

En mayo de este año se cumplieron siete años desde esa última operación y desde entonces nunca me encontraron el cáncer. Me han dicho que yo soy el único sobreviviente conocido que, con mi situación y con este tipo de cáncer, haya vivido tanto tiempo. La comunidad médica está desconcertada por mi caso personal y nadie se explica por qué estoy todavía viva.

Cuando la comunidad marianista comprobó que yo había recibido esa curación milagrosa y que habíamos recurrido a la intercesión del Beato P. Chaminade, empezaron a estudiar el caso. En los últimos siete años he tenido contactos con muchos marianistas, sacerdotes y religiosos laicos, de Estados Unidos, de India y de Europa. Mi doctor se ha dedicado activamente a buscar todas las pruebas de mi expediente médico para hacer una investigación completa. Después de cinco años de la desaparición de mi cáncer, la investigación se fue intensificando.

En mayo del 2010, la Archidiócesis de Saint Louis nombró un tribunal local. Mis padres, algunos familiares, algunos amigos de nuestra Parroquia de Nuestra de Pilar y yo misma tuvimos que declarar ante ese tribunal acerca de nuestra invocación al Beato P. Chaminade. Fue una experiencia estupenda y yo me consideré afortunada de poder conocer más de cerca a nuestro Arzobispo, a lo largo del proceso. En ese verano hubo una celebración en nuestra Parroquia para celebrar la clausura de este proceso de la Archidiócesis de St. Louis. Y después, los documentos – muchos miles de páginas – fueron enviados al Vaticano (Roma), para que decida la Congregación de las Causas de los Santos. Me han dicho que pueden pasar muchos meses o años antes de que haya una decisión. Todos nosotros, por supuesto, seguimos rezando por la canonización del Padre Chaminade.

Cuando recuerdo todo lo de mi vida pasada – tengo ahora 28 años – me siento triunfadora y bendecida. Veo que desde mi adolescencia he estado rodeada de Marianistas. Realmente ellos me han formado y han sido para mí fuente de inspiración. De cada sacerdote o religioso laico que he encontrado he aprendido muchas lecciones ya que ellos son los gestores del legado misionero del Beato Chaminade. Cuando fui invitada a vuestro viaje, me sentí emocionada a más no poder. En este viaje todo es tan especial, que me estoy acercando a los actores y papeles que se relacionan más directamente con el Beato Chaminade. Es como si esta fuera una parte importante de mi vida, que aún me falta, y que me conecta cada vez más con el Padre Chaminade, que ha tenido una influencia tan increíble en mi vida. Cuando oigo hablar de su vida, no puedo dejar de constatar todos los obstáculos y momentos, aparentemente interminables, en que él habría podido renunciar a su proyecto. Y siento también que tantísimas veces yo podría haber hecho lo mismo. Y fue él quien me animó a no abandonar la esperanza. Él es una inspiración para todos nosotros. Visitando su tumba (en Burdeos), fui asaltada por los recuerdos de todo lo que me había pasado hasta llegar a los instantes más deslumbrantes: los hospitales con sus traumáticos tratamientos, las personas que rezaban conmigo, las últimas noches cuando yo tenía tanto dolor que pedía ayuda a gritos... Allá en la tumba recé y me sentí llena de gratitud, bendecida y más grande que yo misma. Creo que Dios me ha concedido la gracia del milagro de vivir un tiempo de más, para que así yo pueda ayudar a otros. Con este viaje a Périgueux, Lourdes y Zaragoza, me he sentido colmada, en el mejor sentido de la palabra. Y así he tratado de recibir todo lo que he podido, guardando en mi corazón la oración. Pensé en todas las personas enfermas de Lourdes y me acordé cuando yo estaba como ellos. Recé para que la gracia de Dios estuviera con ellos cada día. Cada una de las experiencias de este viaje me han aportado frescura.

Esto también me ha hecho pensar cómo a lo largo de mi vida he aprendido que cuando enraizamos nuestras vidas en Cristo las piezas se ensamblan. Pero tiene que haber un indicador. Algo que nos diga que estamos tomando las decisiones correctas. Algo que nos indique que vamos por el buen camino. Algo que nos asegure que estamos eligiendo para hacer la voluntad de Dios. Si esto no se

da, podemos estar seguros de que al final dejaremos de caminar o tomaremos decisiones equivocadas. Dejaremos de proponernos metas porque cuestan mucho. Abandonaremos nuestras relaciones sociales porque no habrá nada que nos convenza de no hacerlo. Para mí la mejor señal ha sido la gran paz que viene de discernir activamente dónde está la voluntad de Dios en nuestra vida.

¿Por qué esta plenitud de paz? Porque la paz, cuando se une a una activa vida de oración, forma parte de nuestras conversaciones directas con Dios. Me parece muy difícil fiarnos de nuestras emociones del mismo modo que confiamos en esta paz. La felicidad, por ejemplo, es muy difícil de definir. Si alguien soltara hoy un millón de dólares en mi regazo, probablemente me haría feliz hasta el extremo. Pero esta felicidad es temporal y será de seguro evanescente. Ahora, si alguien me robara por la calle, probablemente me provocaría un enfado. Pero también ese enfado sería pasajero y se me iría pronto. Ya que este tipo de emociones es tan efímero, yo estimo que no sirven para indicarnos que ahí está la voluntad de Dios. Sin fijarme en si estoy alegre o enfadada, si uso la gran paz interior como indicador, puedo estar segura de que mis elecciones y mi orientación de vida son las que Dios quiere y no son producto de mi propia invención. Estoy llena de paz, segura de estar en la buena senda, la que Dios quiere para mí. Dejar que la relación con mi marido y todas las demás facetas de mi vida estén enraizadas en Cristo no elimina los apuros de la vida, pero asegura que Jesucristo está junto a mí cuando conduzco el “coche” de mi vida. Y esto me da la fuerza de seguir adelante con alegría.

Y acabo con una cita que espero os sirva de estímulo en vuestra vida de oración:

*“No reces para librarte de las dificultades. No reces para sentirte a gusto con tus emociones. Pide poder hacer la voluntad de Dios en cada momento. No vale la pena rezar por otra cosa”.*

Colegio del Pilar, Madrid, 15 agosto 2011.

